

la lancha se puso al costado, confundida en el espacio de mar donde se proyectaba cual un negro y horrible cristal la sombra del navío; cuando ví cómo se sumergía el inmóvil casco negro en el agua sombría que azotaba suavemente los costados; cuando alcé la vista y ví las tres filas de cañones asomando sus bocas amenazadoras por las troneras, mi entusiasmo se trocó en miedo, púseme pálido y quedé sin movimiento asido al brazo de mi ame.

Pero en cuanto subimos y me hallé sobre cubierta se me ensanchó el corazón. La airosa y altísima arboladura, la animación del alcázar, la vista del cielo y la bahía, el admirable orden de cuantos objetos ocupaban la cubierta desde los cois puestos en fila sobre la obra muerta hasta los cabrestantes, bombas, mangas, escotillas, la variedad de uniformes, todo en fin me suspendió de tal miedo, que por un buen rato estuve absorto en la contemplación de tan hermosa máquina, sin acordarme de nada más.

Ustedes no pueden hacerse cargo de aquellos magníficos barcos, ni menos del *Santísima Trinidad* por las malas estampas en que los han visto representados.

Tampoco se parecen nada á los buques guerreros de hoy, cubiertos con su pesado arnés de hierro, largos, monótonos, negros, y sin accidentes muy visible en su vasta extensión, por lo cual me han parecido á veces inmensos ataúdes flotantes. Creados por una época positivista, y adecuados á la ciencia náutico-militar de estos tiempos, que mediante el vapor ha añulado las maniobras, fiando el éxito del combate al poder y empuje de los navíos, los barcos de hoy son simples máquinas de guerra, mientras los de aquel tiempo eran el guerrero mismo, armado de todas armas de ataque y defensa, pero confiando principalmente en su destreza y valor.

Yo, que observo cuanto veo, he tenido siempre la costumbre de asociar hasta un extremo exagerado, ideas con imágenes, cosas con personas, aunque pertenezcan á las más inasociables categorías.

Viendo más tarde las catedrales llamadas góticas de nuestra Castilla y las de Flandes, y observando con qué imponente

IX

Octubre era el mes y 18 el día. De esta fecha no me queda duda, porque al día siguiente salió la escuadra. Nos levantamos muy temprano y fuimos al muelle, donde esperaba un bote que nos condujo á bordo.

Figúrense ustedes cuál sería mi estupor, ¡qué digo estupor! mi entusiasmo, mi enajenación, cuando me ví cerca del *Santísima Trinidad*, el mayor barco del mundo, aquel alcázar de madera que visto de lejos se representaba en mi imaginación como una fábrica portentosa, sobrenatural, único monstruo digno de la majestad de los mares. Cuando nuestro bote pasaba junto á un navío, yo lo examinaba con cierto religioso asombro, admirado de ver tan grandes los cascos que me parecían tan pequeñitos desde la muralla: en otras ocasiones me parecían más chicos de lo que mi fantasía los había forjado. El inquieto entusiasmo de que estaba poseído me expuso á caer al agua, cuando contemplaba con arrobamiento un figurón de proa, objeto que más que otro alguno fascinaba mi atención.

Por fin llegamos al *Trinidad*. A medida que nos acercábamos, las formas de aquel coloso iban aumentando, y cuando

majestad se destaca su compleja y sutil fábrica, entre las construcciones del gusto moderno, levantadas por la utilidad, tales como bancos, hospitales y cuarteles, no he podido menos de traer á la memoria las distintas clases de naves que he visto en mi larga vida, y he comparado las antiguas con las catedrales góticas.

Sus formas, que se prolongan hácia arriba, el predominio de las líneas verticales sobre las horizontales, cierto inexplicable idealismo, algo de histórico y religioso á la vez, mezclado con la complicación de líneas y el juego de colores que combina á su capricho el sol, han determinado esta asociación extravagante, que yo me explico por la huella de romanticismo que dejan en el espíritu las impresiones de la niñez.

El *Santísima Trinidad* era un navío de cuatro puentes. Los mayores del mundo eran de tres.

Aquel coloso, construido en la Habana con las más ricas maderas de Cuba en 1769, contaba treinta y seis años de honrosos servicios.

Tenía 220 pies (61 metros) de eslora, es decir de popa á proa, 58 pies de manga (ancho) y 28 de puntal (altura desde la quilla á la cubierta), dimensiones extraordinarias que entonces no tenía ningún buque del mundo.

Sus poderosas cuadernas, que eran un verdadero bosque, sustentaban cuatro picos.

En sus costados, que eran fortísimas murallas de madera, se habían abierto al construirlo 116 troneras; cuando se le reformó, agrandándolo en 1796, se le abrieron 130, y artillado de nuevo en 1805, tenía sobre sus costados cuando yo le ví, 149 bocas de fuego, entre cañones y carronadas.

El interior era maravilloso por la distribución de los diversos compartimientos, ya fuesen puentes para la artillería, solados para la tripulación, pafioles para depósito de víveres, cámaras para los jefes, cocina, enfermería y demás servicios. Me quedé absorto recorriendo las galerías y demás escondritos de aquel Escorial de los mares.

Las cámaras situadas á popa, eran un pequeño palacio por dentro, y por fuera una especie de fantástico alcázar; los bal-

conajes, los pabellones de las esquinas de popa semejantes á las linternas de un castillo ojival eran como grandes jaulas abiertas al mar y desde donde la vista podía recorrer las tres cuartas partes del horizonte.

Nada más grandioso que la arboladura, aquellos árboles gigantescos, lanzados hacia el cielo, como un reto á la tempestad. Parecía que el viento no había de tener fuerza para impulsar sus enormes gavias.

La vista se mareaba y se perdía contemplando la inmensa madeja que formaban en la arboladura los obenques, estáis, brazos, cabos, drizas y cuerdas que sirven para sostener y mover el velamen.

Yo estaba absorto en la contemplación de tanta maravilla, cuando sentí un fuerte golpe en la nuca. Creí que el palo mayor se me había caído encima. Volví la vista atontado y lancé una exclamación de horror, al ver á un hombre que me tiraba de las orejas, como si quisiera levantarme en el aire. Era mi tío.

—¿Qué buscas tú aquí, lebriz—me dijo en el suave tono que le era habitual.—¿Quiéres aprender el oficio? Oye, Juan—añadió dirigiéndose á un marinero de feroz aspecto,—súbeme á este gálapago á la verga mayor para que se pasee por ella.

Yo eluí como pude el compromiso de pasear por la verga, y le expliqué con la mayor cortesía que hallándome al servicio de D. Alonso Gutiérrez de Cisniéga, había venido á bordo en su campaña.

Tres ó cuatro marineros, amigos de mi simpático tío, quisieron maltratarme, por lo que resolví alejarme de tan distinguida sociedad, y me marché á la cámara en busca de mi amo. Los oficiales hacían su tocado, no menos difícil á bordo que en tierra, y cuando yo veía á los pajes ocupados en empalvar la cabezas de los héroes á quienes servían, me pregunté si aquella operación no era la menos á propósito dentro de un buque, donde todos los instantes eran preciosos y donde estorbaba siempre todo lo que no fuera de inmediata necesidad para el servicio.

Pero la moda era entonces tan tirana como ahora, y aun

en aquel tiempo imponía del modo más apremiante sus enfadosas ridiculeces.

Hasta el soldado tenía que emplear un tiempo precioso en hacerse el colete. ¡Pobres hombres! Yo les ví puestos en fila unos tras otros, arreglando cada cual el colete del que tenía delante, medio ingenioso que remataba la operación en poco tiempo.

Después se encasquetaban el sombrero de pieles, pesada mole, cuyo objeto nunca me pude explicar, y luego iban á sus puestos si tenían que hacer guardia, ó á pasearse por el combés si estaban libres de servicio.

Los marineros no usaban aquel ridículo apéndice capilar, y su sencillo traje me parece que no se ha modificado mucho desde aquella fecha.

En la cámara mi amo hablaba acaloradamente con el comandante del buque, D. Francisco Javier de Uriarte, y con el jefe de escuadra, D. Baltasar Hidalgo de Cisneros. Según lo poco que oí, no me quedó duda de que el general francés había dado orden de salida para la mañana siguiente.

Esto alegró mucho á Marcial que, junto con otros viejos marineros en el castillo de proa, disertaba ampulosamente sobre el próximo combate. Tal sociedad me agradaba más que la de mi interesante tío, porque los colegas de Medio-hombre no se permitían bromas pesadas con mi persona. Esta sola diferencia hacía comprender la diversa procedencia de los tripulantes, pues mientras unos eran marineros de pura raza, llevados por la matrícula ó enganche voluntario, los otros eran gente de leva, casi siempre holgazana, díscola, de perversas costumbres y mal conocedora del oficio.

Con los primeros hacía yo mejores migas que con los segundos, y asistía á todas las conferencias de Marcial. Si no temiera cansar al lector, le referiría la explicación que éste dió de las causas diplomáticas y políticas de la guerra, parafraseando del modo más cómico posible lo que había oído algunas noches antes de boca de Malespina en casa de mis amos. Por él supe que el novio de mi amita se había embarcado en el «Nepomuceno».

Todas las conferencias terminaban en un solo punto, el próximo combate. La escuadra debía salir al día siguiente. ¡que placer! Navegar en aquel gigantesco barco, el mayor del mundo; presenciar una batalla en medio de los mares; ver cómo era la batalla, cómo se disparaban los cañones, cómo se apresaban los buques enemigos.... ¡qué hermosa fiesta! y luego volver á Cádiz cubiertos de gloria.... Decir ¡á cuantos quisieran oírme: «yo estaba en la escuadra, lo ví todo....» decirse lo también á mi amita contándole la grandiosa escena, y excitando su atención, su curiosidad, su interés.... decirle también: «yo me hallé en los sitios de mayor peligro, y no temblaba por eso;» ver cómo se altera, como palidece y se asusta oyendo referir los horrores del combate, y luego mirar con desdén á todos los que digan: «contad, Gabrielito, esa cosa tan tremenda....» ¡Oh! esto era más de lo que necesitaba mi imaginación para enloquecer.... Digo francamente que en aquel día no me hubiera cambiado por Nelson.

Amaneció el 19, que fué para mí felicísimo, y no había aun amanecido, cuando yo estaba en el alcázar de popa con mi amo, que quiso presenciar la maniobra. Después del baldeo comenzó la operación de levar el buque. Se izaron las grandes gavias y el pesado molinete, girando con su agudo chirrido, arrancaba la poderosa áncora del fondo de la bahía. Corrían los marineros por las vergas, manejaban otros las brazas, prontos á la vez del centramestre, y todas las voces del navío, antes mudas, llenaban el aire con espantosa algarabía. Los pitos, la campana de proa, el discordante concierto de mil voces humanas, mezcladas con el rechinar de los motores, el crugido de los cabos, el trapeo de las velas azotando los palos antes de henchirse impelidas por el viento, todos estos variados sonos acompañaron los primeros pasos del colosal navío.

Pequeñas olas acariciaban sus costados, y la mole majestuosa comenzó á deslizarse por la bahía sin dar la menor cabezada, sin ningún vaivén de costado, con marcha grave y solemne, que sólo podía apreciarse comparativamente observando la traslación imaginaria de los buques mercantes anclados y del paisaje.

Al mismo tiempo se dirigía la vista en derredor y ¡qué espectáculo, Dios mío! treinta y dos navíos, cinco fragatas y dos bergantines, entre españoles y franceses, colocados delante, detrás y á nuestro costado, se cubrían de velas y marchaban también impelidos por el escaso viento. No he visto mañana más hermosa. El sol inundaba de luz aquella magnífica rada: un ligero matiz de púrpura teñía la superficie de las aguas hacia Oriente, y la cadena de colinas y lejanos montes que limitan el horizonte hacia la parte del puerto, permanecían aún encendidos por el fuego de la pasada aurora; el cielo, limpio apenas, tenía algunas nubes rojas y doradas por Levante; el mar azul estaba tranquilo, y sobre este mar y bajo aquel cielo las cuarenta naves, con sus blancos velámenes, emprendían la marcha formando el más vistoso escuadrón que puede presentarse ante humanos ojos.

No andaban todos con igual paso. Unos se adelantaban, otros tardaron mucho en moverse: pasaban algunos junto á nosotros mientras los había que se quedaban detrás. La lentitud de su marcha, la altura de su aparejo cubierto de lona, cierta misteriosa armonía que mis oídos de niño percibían como saliendo de aquellos gloriosos cascos, especie de himno que sin duda resonaba dentro de mí mismo; la claridad del día, la frescura del ambiente, la belleza del mar, que fuera de la bahía parecía agitarse con gentil alborozo á la aproximación de la flota, formaban el más imponente cuadro que puede imaginarse.

Cádiz, en tanto, como un panorama giratorio, se escorzaba á nuestra vista presentándonos sucesivamente las distintas facetas de su vasto circuito. El sol, encendiendo los vidrios de sus miradores, la salpicaba con polvos de oro, y su blanca mole se destacaba tan limpia y pura sobre las aguas, que parecía haber sido creada en aquel momento ó sacada del mar como la fantástica ciudad de San Genaro. Ví el desarrollo de la muralla desde el muelle hasta el castillo de Santa Catalina; reconocí el Baluarte del Benete, el baluarte del Orejón, la Caleta, y me llené de orgullo considerando de dónde había salido y dónde estaba,

Al mismo tiempo llegaba á mis oídos como una música misteriosa el son de las campanas de la ciudad medio despierta, tocando á misa con esa algazara charlatana de las campanas de un gran pueblo. Ya me parecían expresar alegría, como un saludo de buen viaje, y yo atendía á aquel rumor como si fuesen humanas voces que nos daban la despedida; ya me parecían sonar tristes y acongojadas anunciándonos una desgracia, y á medida que nos alejábamos, aquella música se iba apagando hasta que se extinguió difundida en el inmenso espacio.

La escuadra salía lentamente: algunos barcos emplearon muchas horas para hallarse fuera. Marcial durante la salida iba haciendo comentarios sobre cada buque, observando su marcha, motejándoles si eran pesados, animándoles con paternales consejos si eran ligeros y zarpaban pronto.

—¡Qué pesado está D. Federico!—decía observando el *Príncipe de Asturias*, mandado por Gravina....—Allá va Mr. Corneta—exclamaba mirando al *Bucentauro*, navío general....—Bien *haga* quien te puso *Rayo* decía irónicamente mirando al navío de este nombre, que era el más pesado de toda la escuadra....—Bien por *papa Ignacio*—añadía dirigiéndose al *Santa Ana*, que montaba Alava....—Echa toda la gaviapedazo de tonina—decía contemplando el navío de Dumanoir;—este gabacho tiene un peluquero para rizar la gavia, y carga las velas con tenacillas....

El cielo se enturbió por la tarde, y al anoecer, hallándonos ya á gran distancia, vimos á Cádiz perderse poco á poco entre la bruma, hasta que se confundieron con las tinajas de la noche sus últimos contornos. La escuadra tomó rumbo al Sur.

Por la noche no me separé de él, una vez que dejé á mi amo muy bien arrellenado en su camarote. Rodeado de dos colegas y admiradores, les explicaba el plan de Villeneuve del modo siguiente:

—“Mr. Corneta ha dividido la escuadra en cuatro cuerpos. La vanguardia, que es mandada por Alava, tiene siete navíos; el centro, que lleva siete y lo manda Mr. Corneta en per-

sona; la retaguardía, también de siete, que va mandada por Dumanoir, y el cuerpo de reserva, compuesto de doce navíos que manda D. Federico. No me parece que está esto mal pensado. Por supuesto que van los barcos españoles mezclados con los gabachos, para que no nos dejen en las astas del toro, como sucedió en Finisterre.

"Según me ha referido Don Alonso, el francés ha dicho que si el enemigo se nos presenta á sotavento, formaremos la línea de batalla y caeremos sobre él.... Esto está muy guapo dicho en el camarote; pero ya.... ¡el Señorito va á ser tan buey que se nos presente á Sotavento!.... Sí, porque tiene poco farol (inteligencia) su señoría para dejarse pescar así.... veremos a ver si vemos lo que espera el francés.... Si el enemigo se presenta á barlovento y nos ataca, debemos esperarle en línea de batalla, y como tendrá que dividirse para atacarnos, si no consigue romper nuestra línea, nos será muy fácil vencerle. A ese señor todo le parece fácil. (Rumores). Dice también que no hará señales y que todo lo espera de cada capitán. Si iremos á ver lo que yo vengo predicando desde que hicieron esos malditos tratados de *sursillos*, y es que.... más vale callar.... quiera Dios.... Ya les he dicho á ustedes que Mr. Corneta no sabe lo que tiene entre manos y que no le caben cincuenta barcos en la cabeza. Cuidado con un almirante que llama á sus capitanes el día antes de una batalla, y les dice que haga cada uno lo que les diera la gana.... *Pospa eso*.... (Grandes muestras de asentimiento.) En fin, allá veremos.... Pero vengan acá ustedes y díganme: si nosotros los españoles queremos defender á unos cuantos barcos ingleses, ¿no nos bastamos y nos sobramos para ello? ¿Pues á cuenta de qué hemos de juntarnos con franceses que no nos dejan hacer lo que nos *sale de dentro*, sino que hemos de ir al remolque de sus señorías! *Siempre di cuando fuimos con ellos, siempre di cuando salimos destaponados*.... En fin.... Dios y la Virgen del Carmen vayan con nosotros, y nos libren de amigos franceses por siempre jamás amén. (Grandes aplausos.)

Todos asintieron á su opinión. Su conferencia duró hasta hora avanzada, elevándose desde la profesión naval hasta la

ciencia diplomática. La noche fué serena y navegábamos con viento fresco. Se me permitirá que al hablar de la escuadra diga *nosotros*. Yo estaba tan orgulloso de encontrarme á bordo del *Santísima Trinidad*, que me llegué á figurar que iba á desempeñar algúna papel importante en tan alta ocasión, y por eso no dejaba de gallardearme con los mariaeros, haciéndoles ver que yo estaba allí para alguna cosa útil.

Al amanecer del día 20 el viento soplabá con mucha fuerza, y por esta causa los navíos estaban muy distantes unos de otros. Mas habiéndose calmado el viento poco despues de medio día, el buque almirante hizo señales de que se formasen las cinco columnas, vanguardia, centro, retaguardia y los dos cuérpos que componían la reserva,

Yo me deleitaba viendo cómo acudían dócilmente á la formación aquellas moles, y aunque, á causa de la diversidad de sus condiciones marineras, las maniobras no eran muy rápidas, y las líneas formadas poco perfectas, siempre causaba admiración contemplar aquel ejercicio. El viento soplabá del SO., según dijo Marcial, que lo había profetizado desde por la mañana, y la escuadra, recibiadole por estribor, marchó en dirección del Estrecho. Per la noche se vieron algunas luces, y al amanecer del 21 vimos 27 navíos por barlovento, entre los cuales Marcial designó siete de tres puentes. A eso de las ocho, los treinta y tres barcos de la flota enemiga estaban á la vista formados en dos columnas. Nuestra escuadra formaba una larguísima línea, y según las apariencias, las dos columnas del Nelson, dispuestas en forma de cufia, avanzaban como si quisieran cortar nuestra línea por el centro y retaguardia.

Tal era la situación de ambos contendientes, cuando el *Buccentauro* hizo señal de virar en redondo. Ustedes quizá no entiendan esto; pero les diré que consistía en variar diametralmente de rumbo, es decir, que si antes el viento impulsaba nuestros navíos por estribor, despues de aquel movimiento nos daba por babor, de modo que marchábamos en dirección casi opuesta á la que antes teníamos. Las proas se dirigian al Norte, y este movimiento, cuyo objeto era tener á Cádiz bajo el viento, para arribar á él en caso de desgracia, fué muy criticado á bordo del *Trinidad*, y especialmente por Marcial, que decía:

—Ya se *esparreló* la línea de batalla, que antes era mala y ahora es peor.

Efectivamente, la vanguardia se convirtió en retaguardia, y la escuadra de reserva, que era la mejor, según se decía, quedó á la cola. Como el viento era flojo, los barcos de diversa andadura y la tripulación poco diestra, la nueva línea no pudo formarse ni con rapidez ni con precisión: unos navíos andaban muy aprisa y se precipitaban sobre el delantero, otros marchaban poco rezagándose, ó se desviaban, dejando un gran espacio que rompía la línea, antes de que el enemigo se tomase el trabajo de hacerlo.

Se mandó restablecer el orden; pero por obediente que sea un buen barco, no es tan fácil de manejar como un caballo. Con este motivo, y observando las maniobras de los barcos más cercanos, Medio-hombre decía:

—La línea es más larga que el camino de Santiago. Si el Señorito la corta, adiós mi bandera: perderíamos hasta el modo de andar, *manque* los pelos se me hicieran cañones. Señores, nos van á dejar julepe por el centro: ¿cómo pueden venir á ayudarnos el *San Juan* y el *Bahama*, que están á la cola, ni el *Neptuno* ni el *Rayo* que están á la cabeza? [Rumores de aprobación.] Además, estamos á sotavento, y los casacaños pueden elegir el punto que quieran para atacarnos. Nosotros bastante haremos con defendernos como podamos. Lo que digo es que Dios nos saque con bien y nos libre de franceses por siempre jamás amén Jesús.

El sol avanzaba hacia el zenit, y el enemigo estaba ya encima.

—¿Les parece á ustedes que esta es hora de empezar un combate? ¡Las doce del día!—exclamaba con ira el marinero, aunque no se atrevía á hacer demasiado pública su demostración, ni estas conferencias pasaban de un pequeño círculo, dentro del cual, yo, llevado de mi sempiterna insaciable curiosidad, me había ingerido.

No sé por qué me pareció advertir en todos los semblantes cierta expresión de disgusto. Los oficiales en el alcázar de popa y los marineros y contramaestres en el de proa, observaban

los navíos sotaventados y fuera de línea, entre los cuales había cuatro pertenecientes al centro.

Se me había olvidado mencionar una operación preliminar del combate, en la cual tomé parte. Hecho por la mañana el zafarrancho, preparado ya todo lo concerniente al servicio de piezas y lo relativo á maniobras, se dijo que dijeron:

—La arena, extender la arena.

Marcial me tiró de la oreja, y llevándome á una escotilla, me hizo colocar en línea con algunos marinerillos de leva, grumetes y gente de poco más ó menos. Desde la escotilla hasta el fondo de la bodega se habían colocado, escalonados en los entrepuentes, algunos marineros, y de este modo iban sacando los sacos de arena. Uno se lo daba al que tenía al lado, éste al siguiente, y de este modo se sacaba rápidamente y sin trabajo cuanto se quisiera. Pasando de mano en mano subieron de la bodega multitud de sacos, y mi sorpresa fué grande cuando ví que los vaciaban sobre la cubierta, sobre el alcázar y castillos, extendiendo la arena hasta cubrir toda la superficie de los tablonés. Lo mismo hicieron en los entrepuentes. Por sati hacer mi curiosidad, pregunté al grumete que tenía al lado:

—Es para la sangre—me contestó con indiferencia.

—¡Para la sangre!—repetí yo sin poder reprimir un estremecimiento de terror.

Miré la arena, miré á los marineros que con gran algazara se ocupaban en aquella faena, y por un instante me sentí cobarde. Sia embargo, la imaginación, que entonces predominaba en mí, alejó de mi espíritu todo temor, y no pensé más que en triunfos y agradables sorpresas.

El servicio de los cañones estaba listo, y advertí también que las municiones pasaban de los pafioles al entrepuente por medio de una cadena humana, semejante á la que había sacado la arena del fondo del buque.

Los ingleses avanzaban para atacarnos en dos grupos. Uno se dirigía hácia nosotros y traía á su cabeza, ó en el vértice de la cufia, un gran navío con insignia de almirante. Después supe que era el *Victory* y que le mandaba Nelson. El otro traía á su frente el *Royal Sovereign*, mandado por Gollingwood.

Todos estos hombres, así como las particularidades estratégicas del combate, han sido estudiados por mí más tarde.

Mis recuerdos, que son clarísimos en todo lo pintoresco y material, apenas me sirven en lo relativo á operaciones que entonces no comprendía. Lo que oí con frecuencia de boca de Marcial, unido á lo que después he sabido, pudo darme á conocer la formación de nuestra escuadra, y para que ustedes lo comprendan bien les pongo aquí una lista de nuestros navios, indicando los desviados, que dejaban un claro, la nacionalidad y la forma en que fuimos atacados. Poco más ó menos, era así:

	Neptuno. E....	} VANGUARDIA
	Sipón. F....	
	Rayo. E....	
	Fermeidad. F....	
	Duguay. E....	
	Mont Blanc. F....	} CENTRO
	Ais. E....	
PRIMER CUERPO	Aguilón. E....	
MANDADO POR NELSON	Héroes. F....	
	Trinidad. E....	
	Bonaure. F....	} VANGUARDIA
	Nepumene. F....	
	Redoubte. F....	
	Intrepide. F....	
	Leandro. E....	
	Justo. E....	} VANGUARDIA
	Indomptable. F....	
	Santa Ana. E....	
	Foucaux. F....	
	Monarca. E....	
	Pluton. F....	} RESERVA
	Bahama. E....	
	Algeiras. E....	
	Argonauta. E....	
	Swit-Sure. F....	
	Argonauta. F....	} RESERVA
	Defenso. E....	
	Archiles. F....	
	Príncipe de Asturias. E....	
	Bawica. F....	
	Nepomuceno. E....	

Eran las doce menos cuarto. El terrible instante se aproximaba. La ansiedad era general, y no digo esto juzgando por lo que pasaba en mi espíritu, pues atento á los movimientos del

navio, en que se decía estaba Nelson, no pude por un buen rato dar una cuenta de lo que pasaba á mi alrededor.

De repente nuestro comandante dió una orden terrible. La repetieron los contramaestres. Los marineros corrieron hacia los cabos, chillaron los metones, trapearon las gaviotas.

—¡E facha, en facha!—exclamó Marcial, lanzando con energía un juramento. Ese condenado se nos quiere meter por la popa.

Al punto comprendí que se había mandado detener la marcha del "Trinidad" para estrecharle contra el "Bucefalo" que venía detrás, porque el "Victory" parecía venir dispuesto á cortar la línea por entre los dos navios.

Al ver la maniobra de nuestro buque, pude observar que gran parte de la tripulación no tenía toda aquella desenvoltura propia de los marineros, familiarizados como Marcial con la guerra y con la tempestad. Entre los soldados ví algunos que sentían el malestar del mareo, y se agarraban á los ebenques para no caer. Verdad es que había gente muy decidida, especialmente en la clase de voluntarios; pero por lo común todos eran de leva, obedecían las órdenes como de mala gana, y estoy seguro de que no tenían ni el más leve sentimiento de patriotismo. No les hizo dignos del combate, más que el combate mismo, como advertí después. A pesar del distinto temple moral de aquellos hombres, creo que en los solmnes momentos que precedieron al primer cañonazo, la idea de Dios estaba en todas las cabezas.

Por lo que á mí toca, en toda la vida he experimentado mi alma sensaciones iguales á las de aquel momento. A pesar de mis pocos años, me hallaba en disposición de comprender la gravedad del suceso, y por primera vez, después que existía, altas concepciones, elevadas imágenes y generosos pensamientos ocuparon mi mente. La persuasión de la victoria estaba arraigada en mi ánimo, que me inspiraban cierta lástima por los ingleses, y los admiraba al verles buscar con tanto afán una muerte segura.

Por primera vez entonces percibí con completa claridad la idea de la patria; y mi corazón respondió á ella con espontá-

neous sentimientos, nuevos hasta aquel momento en mi alma. Hasta entonces la patria se me representaba en las personas que gobernaban la nación, tales como el Rey y célebre ministro, á quienes no consideraba con igual respeto. Como yo no sabía más historia que la que aprendí en la Caleta, para mí era de ley que debía uno entusiasmarse al oír que los españoles habían matado muchos moros primero, y gran pacotilla de ingleses y franceses después. Me representaba, pues, á mi país como muy valiente; pero el valor que yo concebía era tan parecido á la barbarie como un huevo á otro huevo. Con tales pensamientos, el patriotismo no era para mí más que el orgullo de pertenecer á aquella casta de matadores de moros.

Pero en el momento que precedió al combate comprendí todo lo que aquella divina palabra significaba, y la idea de nacionalidad se abrió paso en mi espíritu, iluminándole y descubriéndole infinitas maravillas, como el sol que disipa la noche y saca de la obscuridad un hermoso paisaje. Me representé á mi país como una inmensa tierra poblada de gentes, todos fraternalmente unidas; me representé la sociedad dividida en familias, en las cuales había esposas que mantener, hijos que educar, hacienda que conservar, honra que defender; me hice cargo de un pacto establecido entre tantos seres para ayudarse y sostenerse contra un ataque de fuera, y comprendí que por todos habían sido hechos aquellos barcos para defender la patria; es decir, el terreno en que ponían sus plantas, el surco regado con su sudor, la casa donde vivían sus ancianos padres, el huerto donde jugaban sus hijos, la colonia descubierta y conquistada por sus ascendientes, el puerto donde amarraban su embarcación fatigada del largo viaje, el almacén donde depositaban sus riquezas, la iglesia, sarcófago de sus mayores, habitación de sus santos y arca de sus creencias; la plaza, recinto de sus alegres pasatiempos; el hogar doméstico, cuyos antiguos muebles, transmitidos de generación en generación, parecen el símbolo de la perpetuidad de las naciones; la cocina en cuyas paredes ahumadas parece que no se extingue nunca el eco de los acantos con que las abuelas amenazan la travesura é inquietud de los nietos; la calle donde se ven desfilar caras

amigas; el campo, el mar, el cielo; todo cuanto desde el nacer se asocia á nuestra existencia, desde el pesebre de un animal querido hasta el trono de reyes patriarcales; todos los objetos en que vive prolongándose nuestra alma, como si el propio cuerpo no le bastara.

Yo creía también que las cuestiones que España tenía con Francia ó con Inglaterra eran siempre porque algunas de estas naciones quería quitarnos algo, en lo cual no iba del todo descaminada. Parecíamos, por tanto, tan legítima la defensa como brutal la agresión, y como había oído decir que la justicia triunfaba siempre, no dudaba de la victoria. Mirando nuestras banderas rojas y amarillas, los colores combinados que mejor representan al fuego, sentí que mi pecho se ensanchaba, no pude contener algunas lágrimas de entusiasmo, me acordé de Cádiz, de Vejer, me acordé de todos los españoles, á quienes consideraba asomados á una gran azotes, contemplándonos con ansiedad; y todas estas ideas y sensaciones llevaron finalmente mi espíritu hasta Dios, á quien dirigí una oración que no era Padrenuestro no Avemaría, sino algo nuevo que á mí se me ocurrió entonces. Un repentino estruendo me sacó de mi arrobamiento, haciéndome estreñecer con violentísima sacudida. Había sonado el primer cañonazo.